

Antonio Oliver Belmás, un amigo desconocido de Rubén Darío

El 29 de enero de 1903 nace en Cartagena Antonio Oliver Belmás. Contemporáneo y miembro de la generación del 27, dirigió la revista murciana *Verso y prosa* en su sede de Cartagena, eficaz órgano difusor y termómetro literario de la lírica del momento, en cuyas páginas tuvieron cabida los miembros más destacados de dicha promoción literaria. Alumno de Jorge Guillén en la Universidad de Murcia, pronto su presencia se deja notar con asiduas colaboraciones en revistas como *Alfar*, *Mediodía*, *Noreste*, *Revista Avance* de La Habana, *Nosotros*, *El Sol*, *Luz*, *Sudeste*, etc.

Poeta satélite de la Edad de Plata de la literatura española, donde con mayor claridad se observa la filiación de Oliver Belmás con sus maestros –Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado– es, sin duda, en su poemario bautismal *Mástil*¹. Si bien queda patente tratarse del trabajo primerizo de un poeta en ciernes no es menos acusada su temprana destreza y sensibilidad líricas.

Aparte de haber sido un escritor con abundante y variada obra, la meritoriedad de Antonio Oliver gira, sobre todo, en torno a dos hechos: la creación de la Universidad Popular de Cartagena y la fundación y dirección del Seminario-Archivo Rubén Darío en Madrid.

La creación de la primera de ellas se consolida a mediados de 1931. Levantada tras sucesivas proclamas en diarios locales. Por encima de ideologías imperaba un espíritu de tolerancia, solidaridad y difusión de la cultura que procuraba mantener viva toda sensibilidad artística. Ese mismo año contrae matrimonio con la escritora cartagenera Carmen Conde Abellán.

Su segundo volumen, *Tiempo cenital*, se inscribe en la tenue lírica vanguardista española. La sugerencia, la esencia adivinatoria, la audacia metafórica no son más que luces de gálibo que dan noticia de la inaugura-

1. Antonio Oliver, *Obras completas (1923-1965)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1971.

ción de un universo donde el poeta se instala como demiurgo que contempla su propia creación. La madurez y pureza en la expresión abren una importante brecha con respecto a la poesía española de vanguardia de la década de los años veinte y treinta.

Después de la guerra civil española, durante el período de forzado reclutamiento que transcurre en Murcia, lejos de patinar la poesía se convirtió en su más férreo blindaje hasta que ya en 1945 se traslada definitivamente a Madrid.

Pero tal vez su más claro programa de designio poético sea *Libro de Loas*, escrito con devota lentitud desde 1939 hasta 1946. Un género éste que cuenta con escasa tradición, a excepción de algunas composiciones en escritores del Siglo de Oro, y donde una vez más su inseparable tierra natal es reflejada en paisajes, montes, mares y pueblos. En esta plástica suma lírica dejó constancia de las innumerables bellezas morales del que el hombre está dotado.

En cambio, más que detenernos en su faceta más conocida como poeta, queremos hacer hincapié en esa extraña como entrañable relación amistosa —si se permite el anacronismo— que mantuvo con Rubén Darío. Casi cien años de diferencia entre el nacimiento de uno (Nicaragua 1867) y la muerte del otro (Madrid 1968). Al primero lo querían hacer sastre; el otro tenía la ilusión de realizar carrera militar. Los dos, poetas-niños. Uno firma bajo su anagrama Nabur; el otro con su heterónimo Andrés Caballero. Ambos sufren un hispanismo exacerbado y recurrente pero en orden inverso. Rubén, americano de España; Antonio, español de América. Ambos cosmopolitas, “robinsones celestes”, siguen una vida paralela a los médicos.

Aunque Antonio Oliver dedicara su tesis doctoral a la relación entre *José Gálvez y el Modernismo*, leída el 26 de noviembre de 1954, hemos optado por acercarnos a uno de los episodios que merecen enmarcarse y que cubrirán muchas columnas en las notas de la actualidad de entonces. De la enseñanza a la investigación, nada más acabar de impartir un curso monográfico sobre “Poesía del Modernismo”, cumpliendo uno de sus deseos incubado mediado el siglo, Oliver realiza la primera visita a un pequeño pueblo situado en la sierra de Gredos². Llegan junto a unos pupilos en el auto-

2. Aunque sea más conocido el trabajo de Carmen Conde, «Acompañando a Francisca Sánchez», Managua, Edición de la Mesa Redonda Panamericana, 1964, nosotros optamos por seguir las indicaciones que en distintos medios nos ha dejado Antonio Oliver.

móvil de un joven estudiante granadino de Derecho llamado Antonio Figares, tal como el propio hispanista nos ha dejado escrito en las páginas de su biografía literaria dedicada a Félix Rubén García Sarmiento. Pongamos, por tanto, en su boca lo que luego forjaría su pluma:

[...] Y por fin, en aquella tarde de los finales de mayo, ya en ruta, el coche que nos transportaba, sólo a unos treinta y cinco kilómetros de Navalsauz, se negaba a caminar, mientras el sol declinaba por momentos hacia Occidente. ¡Qué inquietud y desazón en mi ánimo! El fracaso rondaba en torno nuestro y se sonreía, en una hora que me pareció de las más largas de mi vida. Por fin, la avería se reparó y Antonio -este era el nombre del estudiante granadino-, Norma, Carmen Conde y yo, pudimos recuperar nuestros asientos. Coronamos pronto el puerto de Menga y todavía con alguna luz llamábamos a la puerta de la casa de Francisca. La saludé en nombre de todos y, conociendo sus recelos justificados, me adelanté a explicarle: "Somos universitarios que admiramos a Rubén. Está usted tranquila. Nada venimos a pedirle. Queremos solamente "acompañarla"...³

El matrimonio Conde-Oliver vuelve pocos días después, para con mayor tranquilidad conocer de manera más objetiva y no tan apresurada las pésimas condiciones de vida en las que se desenvolvía Francisca Sánchez, y saber además de primera mano cuáles son sus propósitos.

[...] Pensé en Francisca en París, cuando convivió con el poeta; pensé en Francisca en Madrid, cuando Rubén era ministro, y me acongojé verla ahora entre el barro, entre el hielo, entre los duros vendavales de la sierra, suspirando continuamente el "¡Ay, Señor!" de las viejecitas de Azorín. ¿Qué hacer, qué hacer por ella?, nos preguntábamos. Carmen con esas corazonadas suyas, le dijo: "Usted irá a Madrid"...⁴

Tras ver en Madrid al Ministro de Educación Nacional, don Jesús Rubio García Mina, el cartagenero regresa en octubre para luego hacer lo propio, esta vez al lado del señor Maroto, secretario de D. Julián Pemartín, y del escultor José Planes. Con ellos llevan una carta del Ministro de Educación Nacional, proponiendo una mejora para Francisca Sánchez y sus herederos después de haber estado en comisión en aquel pueblo -por el que tímidamente todavía asoma el río Alberche- los primeros quince días de octubre catalogando los papeles de Rubén Darío por la mañana siempre, debido a las completas carencias de electricidad. Se instalan en el Parador de Gredos hasta el 15 por la tarde, trasladándose dos veces diariamente al

3. Antonio Oliver, *Este otro Rubén Darío*, prólogo de Francisco Maldonado de Guevara, Barcelona, Aedos, 1960, p. 449.

4. *Ibidem*, p. 450.

pueblo de Avila para, sin reparar en esfuerzos, trabajar en una primera clasificación y otros objetos del vate hispánico, tareas éstas marcadas como prioritarias. Pero sólo hacía falta ya rubricar con carácter diplomático y oficial lo que con el trato humilde y cumplida lealtad habían sellado. De esta forma el principal objetivo estaba conseguido.

Una vez inclinado a sus propósitos el ánimo de Francisca Sánchez y de sus familiares, Oliver es consciente que aquel legado, ya guardado en maletas y cajones, constituye el núcleo base para la creación del Museo-Seminario, a pesar de los considerables expurgos que Alberto Ghirardo hizo en 1925 de originales y epistolarios, usurpando además gran parte de los autógrafos poéticos. En una primera y ligera hojeada, contabiliza unos sesenta documentos firmados por Rubén Darío, muchos de ellos manuscritos: cartas desde Valldemosa donde recomienda que se enseñe al niño a rezar, tres testamentos, una carta a Francisca desde Nicaragua hablándole de la consecución de una ley de divorcio, tarjetas dirigidas a París por Rubén a nombre de "Madame D", etc. Entre las cartas que recibió, las hay de José Santos Chocano, de Antonio Machado, del hermano de Juan Ramón Jiménez, de Leopoldo Lugones, de Fabio Fiallo, del Conde de Romanones, del Conde de Peñalver, de Amado Nervo, de Cristóbal de Castro, de Jacinto Benavente, etc.

El gran logro nunca exento de dificultades coincide con la difusión por parte de las agencias periodísticas de la concesión del Premio Nobel de Literatura a Juan Ramón Jiménez: «...yo era portador del otro Nobel para la Hispanidad, que era justamente el Archivo de Darío» dice Oliver en una ocasión. El 17 de noviembre junto a su yerno, Francisca Sánchez llega a Madrid, volviendo a su pueblo el 23 con el fin de traerse las últimas cosas para llevarlas a la casa que le han dado ese mismo día en la plaza de Coimbra, número diez, segundo izquierda, en la colonia Praga, a la orilla derecha del Manzanares.

A las diez de la noche, rendidos pero satisfechos, regresan a la capital, viendo cumplido el sueño acariciado durante mucho tiempo. Tal vez porque toda siembra ha de crear suelo fértil, tendría que ser en abril de 1956 cuando el Director de la Academia Cubana de la Lengua, D. José María Chacón y Calvo, su gran amigo desde los felices años veinte, consiga que el pleno del Segundo Congreso de Academias de la Lengua recomiende al Gobierno español la creación en Madrid del Seminario Rubén Darío.

[...] Junto al Archivo he ido envejeciendo; el exceso de trabajo, compartido con las tareas de profesor, ha dañado, a veces, mi salud. Como

director del Seminario-Archivo, cargo totalmente honorífico, he trabajado con el mayor amor y desinterés. No han faltado los sinsabores, sin embargo; las incomprensiones; las celotipias. Pero, también han existido las compensadoras satisfacciones...⁵

Las labores de catalogación no se hacen esperar de manera que comienzan a clasificar a puertas cerradas los cerca de cinco mil documentos rescatados con el auxilio de Carmen Conde y María Dolores Enríquez (ésta más tarde directora del Museo de Artes Decorativas). A lo largo de esta incesante y afanosa empresa, este trabajo que le satisface al máximo se prolonga hasta 1961. Algunas de las mayores sorpresas y joyas darianas pronto tienen la resonancia que merecen en diarios de México, Nicaragua, Cuba...; tesoros que iluminarían la leyenda del «poeta-niño», teniendo el hispanista claramente diseñados cuáles debían ser sus etapas y objetivos, colmena fecunda y laboriosa que irá allanando el camino para futuras investigaciones, de modo que su reputación como uno de los primeros biógrafos más autorizados del aedo comenzaba a ganar crédito.

De los años que van de esta fecha a 1967 todo un torrente de cursillos de doctorado y conferencias sobre distintos temas hispánicos se suceden, duplicando su actividad en cursos preparatorios para alumnos americanos. Se acumulan las invitaciones pero su capacidad de trabajo parece también redoblar.

Sin haber transcurrido todavía un año se lleva a cabo la primera visita oficial al Archivo-Seminario alojado en el local del Departamento de Cultura de la Delegación Nacional de Educación, Alcalá, 93, 1º, esquina a Velázquez, frente al Parque del Retiro. Pocas veces se ha estimado en lo justo la transparencia caudalosa de Oliver en este extraordinario rescate bibliográfico, así como pocos han sido los que se han detenido a medir su bravura. Innumerables han sido los investigadores que han aprovechado esta riqueza para lograr alcanzar más altura el mito que constituye Rubén Darío. Este proyecto titánico (el primero fue la Universidad Popular), iba a verse reconocido oficialmente cuando a mediados de 1957 en los salones de la Embajada de Cuba se entregan los títulos de académicos correspondientes a la Nacional de Bellas Artes y Letras de Cuba a don José Cubiles, don Alberto Insúa, don Antonio Oliver Belmás, don Luis Felipe Lira Girón, don

5. Antonio Oliver, «El Seminario-Archivo Rubén Darío y su valoración del Modernismo», *Última vez con Rubén Darío. Literatura hispanoamericana y española: (ensayos)*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, T. 1, 1978, p. 32.

Rafael Pellicer Galeote y don Ramón Estaella, mientras que a José María Pemán no se le pudo entregar por encontrarse ausente⁶.

Queremos poner el énfasis en una hermosa paradoja que experimenta. Quién le iba a decir a Antonio Oliver que aquellas tempranas incursiones por la obra de Darío iban a tener, al cabo de los años, tan preciado florilegio con el que en cierto modo venía a saldar sus deudas literarias con el nicaragüense.

Llevando la doble corona de profesor e investigador, el sábado 18 de enero de 1958 es testigo del homenaje que, con motivo del aniversario de su nacimiento, se le tributa a Darío en la Facultad de Filosofía y Letras a cargo del Embajador de Nicaragua en Francia don Diego Manuel Sequeira. Ya por la tarde a las seis y media, en el templo español de Rubén Darío, completan el evento una charla de Oliver, del Director de Archivos y Bibliotecas García Noblejas, del Embajador de Nicaragua en España, don Andrés Vega Bolaños. Alumnas hispanoamericanas de la Facultad de Filosofía leerán poemas y el señor Sequeira hablará de la obra y personalidad de Rubén Darío.

Demos un salto hasta las ocho de la noche del 8 de marzo cuando, encontrándose ausente, recibe una llamada de Pedro Laín Entralgo para comunicarle la concesión de la pensión que la Fundación Juan March le ha otorgado para escribir una biografía de Rubén Darío a la luz de los nuevos documentos⁷. Es entonces cuando el Coronel Urtecho le habla de la conveniencia de un viaje a Nicaragua para que se ambientase y recogiera la emoción directa del país.

Va a tener todavía ocasión el día 1 de junio de volver de nuevo a Navalsáuz en un autobús con treinta alumnos (cubanos, puertorriqueños, norteamericanos, filipinos, panameños, etc.) -algunos de ellos profesores americanos- de su cursillo de doctorado «Vida y obra de Rubén Darío a través de su archivo», además de los artistas José Planes, Martínez Novillo y Enrique Espín. En aquella ocasión entre un fuerte diluvio, Oliver y Conde leen unas poesías de Rubén Darío a «Lazarillo de Dios», presente en el acto y descubre una placa (piedra de Colmenar) en la casa de doña Francisca con esta inscripción: «Fue aquí, en esta casa, donde Francisca Sánchez

6. «Distinciones cubanas a varias personalidades españolas», *Madrid*, 27 de junio de 1957.

7. «Escritores distinguidos con las becas de la Fundación March», *Madrid, ABC*, 12 de marzo de 1958, p. 43.

guardó, durante cuarenta años, el archivo de Rubén», descubierta por la panameña Susana Richa de Torrijos.

Con prólogo de Francisco Maldonado de Guevara, Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid, en 1960 aparece *Este otro Rubén Darío*. Realmente, las ponencias con las que divulgara el fondo donado son hijas menores de lo que podemos encontrar en este volumen. Glosan, sintetizan o reproducen en algunos casos lo que leemos allí en su conjunto histórico. Es tal el grado de solapamiento con el que indistintamente maneja la ficción como el vestigio, que requiere una auténtica tarea de severa verificación para saber cuál es la premisa abonada al investigador y cuál el gesto distendido salido de la pluma del escritor. Es significativo subrayar la adecuación de lo que Oliver entiende por biografía con el tratamiento que le da al nicaragüense. Si en 1947 dijo que

[...] La función esencial del biógrafo no radica en ceñirse secamente a la realidad. Sobre los hechos verdaderos, pilares naturales de toda biografía lo que debe hacer un buen biógrafo es "interpretar" y revitalizar el pasado...⁸

en 1963 mantendría el mismo criterio para una obra que, precisamente, se sitúa en el meridiano de las dos:

[...] entre la biografía y la historia existe una evidente correlación [...] También la biografía, desde el punto de vista exterior, nos aporta las partidas de bautismo, de casamiento o defunción del biografiado [...] La biografía externa, como la historia externa, es sólo una proyección, pero no toda la proyección que como historiadores o biógrafos necesitamos [...] En cambio, la propia obra, analizada con atención, y no sólo desde el seco punto de vista crítico, sino con aliento humano, nos hablará siempre de la más íntima biografía del poeta o de un artista [...]⁹

Otra prueba de lo que podríamos llamar predicación de su evangelio -teniendo en cuenta la gran influencia que desde niño sufre por Darío- tiene lugar en el Ateneo de La Roda una charla sobre los fondos del Archivo de Rubén Darío. El 24 de noviembre desarrolla en el XXV Congreso Luso-Español para el progreso de las Ciencias celebrado en Sevilla el tema

8. Antonio Oliver, «Isidoro Maiquez, de José Vega», Madrid, *Raíz: (Cuadernos Literarios de la Facultad de Filosofía y Letras)*, nº 2, Junio 1948, pp. 23-24.

9. Antonio Oliver, *Don Luis de Góngora y Argote*, Madrid, Nuevas Editoriales Unidas, 1963, pp. 11-12.

“Andalucía y Rubén Darío”. Diremos que llama la atención ese gusto estético por ocultar el nombre propio, por llegar a la materia bruta después de haber cincelado con sutiles golpes de pluma el contexto que ha de encubrir, mientras lo anuncia, al personaje. En esta ocasión habla del modo y las circunstancias en las que el Caballero Nebur entra en contacto con la geografía andaluza y con algunos de sus escritores como Juan Valera, Salvador Rueda, Juan Ramón Jiménez, Emilio Castelar, los Machado y otros muchos, algunos de los cuales le dedicaría una atención más completa.

En esa prolongada sucesión de intervenciones públicas entre la comunidad científica debemos hablar de la breve estancia en París, antesala de una permanencia más larga en tierras americanas. Este viaje fue aplazado en junio de 1958 por la delicada situación política que el país galo pasaba en aquellas fechas. Por las gestiones de Lios Ibarra, en la ciudad de la luz queda hospedado junto a Carmen Conde en el Hotel Monthebor.

Transcurre mayo de 1961. El día 2 inaugura su ciclo de conferencias en la Biblioteca Española de París (adjunta a nuestra Embajada en la capital de Francia) con el tema «El archivo de Rubén Darío y la valoración del Modernismo». De los prolegómenos se responsabiliza D. Alberto Zérega Fomona, Embajador Permanente de Venezuela en la UNESCO. Una de sus virtudes es ese ameno proceso paulatino con el que Oliver dilata en trabazón íntima la teoría con los hechos, entendiendo que cualquier premisa dista mucho de ser espontánea y se aplica, siempre al comienzo (a modo de cuerpo) en informar su encarnadura. Aunque parece puramente autobiográfico, viene a justificar después implícitamente con la historia de la creación del Seminario-Archivo, y en él encarna los argumentos basados en las averiguaciones realizadas sobre los mismos documentos rescatados. Como decía, a los antecedentes de la fundación de la institución le sigue un pormenorizado y amplio recuento de su contenido y con atención de filológico, sobre todo de aquellas cartas que nutren su fondo y que constituyen barómetros preciosos, índices insustituibles del Modernismo hasta ir remozando en su sentido y en su alcance. Quizás porque siempre tiende a dejar algo resuelto o cuando menos una pregunta que del aire deposita en tierra firme le inquieta -y lo hace en repetidas ocasiones- recalca en este caso el carácter de autonomía de los modernistas, siendo de la opinión de que es precisamente la Independencia el grito de la libertad del Modernismo.

Su oratoria en el Instituto de Estudios Hispánicos de la Sorbona versa alrededor del tema «Rubén Darío y Unamuno» y sobre el mismo asunto el jueves 8 de junio a las ocho de la noche esta vez en la clausura de curso de la Asociación de Mujeres Universitarias de Madrid. Esta vez es presenta-

do por la presidenta de dicha entidad, la Catedrática Doña Otilia López Fanego. A lo largo de todas sus disertaciones es bastante palpable que el dato documentado va imbricado con otro timbre de voz, con el tono de un rezo que prodiga en todo cuanto toca su otra voz, la de poeta. Comienza haciendo clara y honestamente una declaración de principios como es el de revisar, recrear y mejorar el capítulo que con idéntico epígrafe incluye en *Este otro Rubén Darío*. A una serie de preguntas le suceden una serie continúa de respuestas, en el que en todo momento se descubren sus fuentes. Si da sus primeros pasos aludiendo al famoso malentendido entre ambos escritores (que resumen estas frases aparentemente aceradas: «A Rubén se le ven las plumas del indio» y «Unamuno es un pelotari en Patmos») es precisamente para luego contrastar amable y sintéticamente las diferencias que contienen sus estéticas. Por ello, después de mostrar una sabia destreza en la prosodia, pasa a desentrañar algunos de los aspectos que se han dignificado como motores del Modernismo: cosmopolitismo, la rima, la pedrería. Cuando sus argumentos parecen adoptar un sentido monolítico de antinomia, recuerda las “infiltraciones modernistas” -como él las llama- en la poesía del profesor de Salamanca.

Desde esta fecha y hasta 1965 organiza diversas Semanas Darianas al tiempo que dirige la Revista del Seminario Archivo, espacio crítico que divulga la catalogación documental, viéndose cumplimentados los servicios con competentes colaboradores.

El 30 de enero de 1962 se publica en el diario nicaragüense *La Noticia* una carta abierta dirigida a don Mariano Fiallos Gil, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, donde solicita para Antonio Oliver el grado de doctor “Honoris Causa” de dicha Universidad. A medida que recoge reconocimientos se hacen más patentes los ataques de disnea al corazón.

Embarca definitivamente en el que durante un tiempo, habría de ser prácticamente su hogar. A través del periódico de a bordo conoce las noticias de Europa y del resto del mundo. En el periplo por la costa del Caribe desembarca en La Guaira para en la mañana del 23 de enero intervenir en la Casa del Periodista de Panamá sobre «Primera Literatura Independiente de América» presentado por la doctora Matilde Real de González. Diariamente tienen que atender a los medios de comunicación en ruedas de prensa que se celebran en el mismo Hotel, a la que asisten los nietos de Rubén Darío, Argentina Darío Sánchez y Rubén Darío Sánchez. Siguen llegando telegramas, invitaciones, obsequios, recepciones en las Embajadas. Sin duda alguna, otro de los momentos de más íntima satisfacción tiene

lugar cuando se le impone la condecoración de la Orden de Rubén Darío en el grado de Gran Oficial, concedida por el Consistorio de la Orden en su trigésima séptima convocatoria, el sábado 10 de febrero de 1962 durante la clausura de la semana universitaria en el XLVI aniversario de la muerte de Darío. La fecha acordada para su nombramiento en León del grado de "Doctor Honoris Causa" fueron las ocho de la noche del martes 5 de febrero en premio a la catalogación y difusión del Archivo de Rubén Darío y como autor de la biografía *Este otro Rubén Darío*. El acto solemne, presidido por el Ministro de Educación Pública Heliodoro Montes es un éxito rotundo. Dicha investidura le es entregada por el Rector de la Universidad Nacional Dr. Mariano Fiallos Gil en el Paraninfo de la Universidad de León. Emocionado, Antonio Oliver, ante un concurrido auditorio, comienza su discurso con estas palabras:

[...] Si la vida, -¿y a quien no en nuestro tiempo?- me había doctorado en tristezas, vuestro acuerdo unánime de concederme el grado de Doctor Honoris Causa, máxima aspiración de todo universitario, me hace creer esperanzadamente, como cuando yo era joven, en la bondad de los hombres. No todos los esfuerzos por loables que se consideren, se coronan al fin con el triunfo y yo tengo que agradecer el lauro que me otorgáis no solo por cuanto él en sí mismo significa, sino porque me devuelve la fe en el prójimo, en mi próximo, y me dice que hay generosidad y comprensión sobre la tierra...

En este homenaje se crea el Museo Rubén Darío que sigue al Seminario-Archivo de España. Podríamos decir que había cumplido entonces con un emblema existencial escrito precisamente cuando su vida era un constante vivir hacia adentro, pues nació con ese noble sentimiento de dejar constancia de su efímero paso por el mundo: «Alabar, construir, encender, es algo consustancial a mi vida».

El 8 actúan, peculiar tándem, en el Instituto Hispánico de Cultura. Cualquier momento es propicio para hacer una petición si ésta es justa y merecida, de manera que el Ministro cede a la solicitud de Carmen Conde para nombrar maestra de la "Escuela Francisca Sánchez" a la nieta de ésta, en el barrio de Los Angeles. A requerimiento también de Carmen Conde, el Sr. Quintanilla se compromete a otorgar una beca a Rubén Darío Salgado para que fuera a estudiar, bajo la tutela del matrimonio cartagenero, a España.

El 14 son recibidos por el Presidente de la República Luis Somoza Debayle en la Presidencia del Estado. A petición de Antonio Oliver, éste se

comprometió a ofrecer para España una de las islas de un lago del país para instalar un museo de cultura hispánica¹⁰.

Los compromisos contraidos con la Universidad acaban el 28 de febrero. En marzo tocan tierra española después de diez días de viaje.

Por su labor al frente del Archivo Rubén Darío, se le ofrece a Antonio Oliver un multitudinario homenaje. Se siente respaldado en el evento por René L.I. Durand, Luis Ibarra, Alberto Zérega-Fombona, Mariano Fiallos Gil, Alberto Sartoris, Alfonso Pérez Sánchez-Bolea, Concha Lagos, Pedro Méndez Reyes, Joaquín de Entrambasaguas, Vicente Pérez, los profesores del Instituto Cardenal Cisneros, José María de Sucre, Isidoro Martín Martínez, María Luz Machón, Sara de Hostos, Francisco Maldonado de Guevara, José Camón Aznar, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, José Luis Gallego, Leopoldo de Luis, Carlos Rodríguez Spiteri, Daniel Vázquez Díaz, M. A. García Viñolas, Antonio Buero Vallejo, José Navarro Latorre, José Luis Cano, José Pérez Calín, Luis Fernando Bandín, M. Augusto García Vinolas, José Ballester, Luis López Anglada, Ángel Lázaro, José A. Molina Sánchez, Antonio Espina y la Asociación Española de Mujeres Universitarias.

Fruto de este viaje a tierras americanas que dejará un recuerdo imborrable es la puerta que se le abre, hasta 1967, como colaborador del Instituto de Cultura Puertorriqueña de San Juan.

Uno de los acontecimientos más gratos de 1964 es el nombramiento Académico de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en sesión reglamentaria de 16 de enero. La propuesta fue inscrita por los académicos de número de la corporación: D. José María Ortiz Juárez, Rafael Castejón y Martínez de Arizaba, Rafael Aguilar Priego.

Antes de cerrar el año, pronuncia una conferencia en el Instituto de Cultura Puertorriqueña de Madrid sobre "Puerto Rico en el Archivo de Rubén Darío".

Desde enero de 1966 está recluido en casa a consecuencia de una endocarditis reumática como la que padeció a los dieciocho años que le dejó la lesión de corazón. En ese reposo obligado, estudia y prepara las oposiciones a la vacante que deja en la Universidad Luis Morales Oliver, tras su jubilación.

10. «Somoza ofrece una pequeña isla a España», Madrid, *Pueblo*, 3 de abril de 1963.

De acuerdo con el interés permanente en divulgar sus actividades, se emite en el Tercer Programa de la Emisora Onda Cultural una entrevista de Luis Blánquez Benito a Oliver sobre «Rubén Darío, Cantor de la Hispanidad» con motivo de la celebración de la Semana de la Hispanidad. Esta instantánea corresponde al 8 de octubre.

Sobre esta fecha se pone al habla con su amigo Luis Felipe Ibarra Mayorga, Cónsul General de Nicaragua en Francia (hijo de quien fue el primer maestro de Darío y el que le enseñó la poesía) para que recogiera firmas de intelectuales reconocidos para apoyar su candidatura a la Cátedra Rubén Darío. D. Ricardo Llopesa -como él mismo nos confirma- se pone manos a la obra para conseguir estas firmas. Nos recuerda algunas, como la de Hugo David Barbagelata, Alberto Zérega Fombona (estos dos amigos de Darío), Claude Couffon, Gabriel Biessy y varios hispanistas franceses y embajadores hispanoamericanos. Otros, se niegan a secundar a Oliver como es el caso de Miguel Angel Asturias¹¹. Si es interesante subrayar este aspecto es precisamente para contrastar la ayuda que Oliver tuvo que buscar, salvo muy contadas excepciones, lejos de nuestras fronteras.

Un asunto que convenía zanjar tiene pleno consentimiento el 20 de julio. Reunido el Patronato Rubén Darío para proponer director de la Cátedra a Oliver, se resuelve el 18 de septiembre con la aprobación del cargo que obtiene por derecho propio.

El Ministerio de Educación y Ciencia le nombra Director de la Cátedra especial “Rubén Darío”, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.

El poeta Leopoldo de Luis, gran amigo de D. Antonio, y yo salíamos todas las noches a recoger firmas de académicos, cónsules hispanoamericanos y de todo lo que valía de la intelectualidad española del momento. El pliego de firmas, en el que iba también la mía, ya nombrada profesora de la Universidad de Missouri, se presentó en solicitud al Ministerio de Educación; la cátedra fue aprobada y don Antonio nombrado su director. Fue una sugerencia de Don José María para compensarlo por haber perdido las oposiciones a la cátedra que había ejercido como auxiliar, o como se llame, por 18 años...¹²

11. Correspondencia personal. Carta de Ricardo Llopesa recibida el 15 de diciembre de 1998.

12. Correspondencia personal. Carta de Zenaida Gutiérrez-Vega recibida el 27 de Mayo de 1998.

Unas veces en el lecho y otras levantado prepara *Poesía Escogida de Rubén Darío*, *Antología de Juan Ramón Jiménez* y *La Natividad en los Premios Nobel de Hispanoamérica y Otros Ensayos*. No ve publicado ninguno de estos libros como tampoco bastantes de sus ensayos sobre literatura hispanoamericana, tanto en España como en ambas Américas. Ya en plena agónica enfermedad es atendido por tres enfermeros, uno cada ocho horas.

A las cinco y media de la madrugada del domingo 28 de julio fallece Antonio Oliver, siendo enterrado a las diez menos cuarto del día siguiente.

José Luis Abraham López

